

144

Colección  
«PRESENCIA TEOLÓGICA»

SANTIAGO MADRIGAL, SJ

.....

*Karl Rahner  
y Joseph Ratzinger*

.....

TRAS LAS HUELLAS DEL CONCILIO

2ª edición



**st** EDITORIAL SAL TERRAE  
SANTANDER, 2006

© 2006 by Editorial Sal Terrae  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria)  
Fax: 942 369 201  
Tfno.: 942 369 198  
E-mail: salterrae@salterrae.es  
www.salterrae.es

Diseño de cubierta:  
Fernando Peón / <fpeon@ono.com>

Reservados todos los derechos.  
Queda rigurosamente prohibida,  
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,  
bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
la reproducción parcial o total de esta obra  
por cualquier método o procedimiento,  
incluidos la reprografía y el tratamiento informático,  
así como la distribución de ejemplares  
mediante alquiler o préstamo públicos.

Con las debidas licencias  
*Impreso en España. Printed in Spain*  
ISBN: 978-84-293-1625-4  
Depósito Legal: BI-1066-07

Impresión y encuadernación:  
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

## Índice

*Prólogo* ..... 9

PRIMERA PARTE  
**KARL RAHNER:**  
**GLOSAS MARGINALES**  
**SOBRE EL CONCILIO VATICANO II**

1. **Introducción:**  
«Ha habido un concilio en libertad y caridad» ..... 19
2. **¿Qué se puede esperar del Concilio?** ..... 25
  - 2.1. Escepticismo ante el Concilio en ciernes ..... 26
  - 2.2. Primera sistematización de una teología  
sobre el concilio ..... 29
  - 2.3. Notas marginales a los esquemas conciliares ..... 36
3. **Coraje y sobriedad ante el Concilio** ..... 46
  - 3.1. El transcurso interno de las sesiones conciliares . 46
  - 3.2. Iglesia en transformación ..... 51
  - 3.3. Glosas marginales  
a la doctrina conciliar sobre la Iglesia ..... 56
  - 3.4. El espíritu y la letra  
en la búsqueda colectiva de la verdad ..... 60

<b>4. La responsabilidad cristiana tras el Concilio</b> .....	65
4.1. Una idea fundamental del Vaticano II: «La Iglesia somos <i>nosotros</i> » .....	66
4.2. Una visión de conjunto de la obra conciliar .....	68
4.3. Espectador del tiempo postconciliar: «cambio estructural de la Iglesia» .....	71
4.4. Diagnóstico de la situación: «la fe en tiempos de invierno» .....	76
<b>5. Las interpretaciones post-conciliares del Vaticano II</b> .....	81
5.1. El Concilio es la despedida oficial de la «época piana» .....	81
5.2. El Concilio como primera realización universal de la Iglesia .....	85
5.3. Impulsos olvidados y preguntas latentes en la doctrina conciliar .....	88
<b>6. Conclusión: «El Concilio, nuevo comienzo»</b> .....	93

SEGUNDA PARTE  
**JOSEPH RATZINGER:**  
**REDESCUBRIR EL CONCILIO**  
 DE LA MANO DE BENEDICTO XVI

<b>1. Introducción:</b> «De tarde en tarde, los concilios son necesarios» ..	99
<b>2. Impresiones personales de un perito conciliar</b> .....	107
2.1. La Iglesia se renueva: el primer período de sesiones .....	107
2.2. El Concilio en camino: la segunda sesión .....	114
2.3. La tercera sesión: problemas y perspectivas de la Iglesia conciliar ..	125
2.4. La última sesión: apertura de la Iglesia al mundo	130

<b>3. El catolicismo después del Concilio</b> .....	137
3.1. Primeras señales de alarma .....	138
3.2. El primer post-concilio y la Iglesia .....	141
3.3. Pautas para una «correcta aceptación» del Concilio Vaticano II .....	145
<b>4. Interludio: de teólogo a papa.</b> «Colaboradores de la verdad» .....	151
<b>5. Balances de la época post-conciliar</b> .....	160
5.1. El post-concilio y la Iglesia: <i>Informe sobre la fe</i> ..	160
5.2. Nuevos ensayos de eclesiología .....	163
5.3. Diagnóstico de la situación: «La crisis de Dios se ha cifrado eclesiológicamente» .....	168
5.4. La eclesiología «teológica» del Concilio Vaticano II .....	173
<b>6. Conclusión: «El redescubrimiento de lo central»</b> ..	177
<i>Epílogo: «El espíritu y la letra»</i> .....	183

## *Prólogo*

---

LA celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965) aproximó y puso en paralelo la vida y el pensamiento de dos grandes teólogos, Karl Rahner y Joseph Ratzinger. Ésta es la óptica peculiar que adopta este libro sobre la última asamblea ecuménica de la Iglesia católica, y cuya intención primaria no es otra que la de conmemorar el cuarenta aniversario de su clausura. La altura intelectual, humana y cristiana de estos dos hombres está fuera de duda. En el caso de J. Ratzinger, su actividad como consejero teológico en el curso del Vaticano II se debe considerar ahora dentro de ese itinerario que va desde su labor académica hasta la responsabilidad que se le ha confiado al frente de la Iglesia católica. Por otro lado, un buen conocedor de la teología de los siglos XIX y XX, como H. Fries, podía escribir del sabio jesuita: «Nunca debe ser olvidado el más grande testigo de la fe de nuestro tiempo».

Si, como se ha dicho y repetido hasta la saciedad, los teólogos desempeñaron un importante papel durante el desarrollo del Concilio, trabajando en equipo y en colaboración con los obispos, esta apreciación vale de manera especial para nuestros dos personajes. La elección tiene que ver con el hecho de que han sido dos figuras estelares que han acompañado el desarrollo del acontecimiento, desde el principio al fin, y también lo han interpretado y lo han valorado al filo de los días, preocupados por la aplicación del Concilio a la vida cotidiana de la Iglesia. No me consta que haya otros dos peritos conciliares que hayan realizado, por

un lado, aportaciones tan significativas y que, por otro, hayan hecho un seguimiento tan minucioso del tiempo posconciliar. Sin embargo, esta última condición y circunstancia, que afecta a la interpretación fundamental del Concilio Vaticano II, ha marcado el distanciamiento de estas dos personalidades, cuya vida y pensamiento han seguido discurriendo en paralelo, pero sin volver a encontrarse.

Ambos llegaron al Concilio como asesores de dos prelados que tuvieron una actuación decisiva en la asamblea eclesial: Karl Rahner, de la mano del cardenal König, de Viena; Joseph Ratzinger, bajo el patronazgo del cardenal Frings, de Colonia. Sobre estas circunstancias escribió Rahner: «Cuando empezó el Concilio, el cardenal König me llevó con él como su perito. Su magnanimidad y su falta de prejuicios me dieron la oportunidad de trabajar desde el comienzo como perito en la Comisión teológica». En este mismo pasaje autobiográfico alude a la presencia de J. Ratzinger: «En aquel momento tenía quizá cierta importancia saber quiénes eran los teólogos preferidos de los grandes hombres del Concilio. Así podemos afirmar que Ratzinger fue muy importante para el cardenal Frings, y otros teólogos eran importantes para otros obispos»<sup>1</sup>. Aquellos dos purpurados les habían puesto en contacto con los esquemas elaborados por las comisiones preparatorias. De esta forma, conocieron con antelación los documentos que luego se iban a discutir en el aula. Ambos nos ofrecen, tras el anuncio del Vaticano II, en las inmediaciones de su celebración, una novedosa reflexión sobre el significado de los concilios en la vida de la Iglesia.

Karl Rahner, que había nacido en Friburgo de Brisgovia en 1904, era ya entonces un teólogo maduro que llegaba al Concilio con casi sesenta años; Joseph Ratzinger, oriundo de la católica Baviera, era mucho más joven y contaba, al comenzar el Concilio, sólo treinta y cinco años. En su libro de recuerdos, el Papa Benedicto XVI ha narrado su

primer encuentro con el veterano profesor jesuita: conoció a Rahner en la reunión de teólogos alemanes que tuvo lugar en 1956, estableciendo con él una relación verdaderamente cordial<sup>2</sup>. Hay que destacar que, más tarde, colaboraron en la redacción de algunos de los temas más conflictivos abordados por el Vaticano II y que representan sus mejores frutos: el capítulo de la colegialidad y el capítulo de la relación entre la Escritura y la Tradición. Lo primero constituye el gran caballo de batalla de la tercera sesión conciliar y forma parte del núcleo innovador de la Constitución sobre la Iglesia. Lo segundo encuentra su precipitado final en la Constitución dogmática sobre la Revelación.

Vamos a ponernos, pues, de la mano de estos dos grandes teólogos, «tras las huellas del Concilio». Nos centraremos, por consiguiente, no en sus obras más eruditas, sino en aquellos textos que toman por objeto de reflexión el asunto del Concilio y la gestación de sus textos. Al hilo de su celebración, Rahner y Ratzinger fueron ofreciendo una valoración de la marcha de los trabajos. Como tendremos ocasión de comprobar, el joven teólogo J. Ratzinger redactó con minuciosidad sus impresiones personales de perito conciliar, uncidas a las cuatro sesiones conciliares, entre 1962 y 1965. El lector encontrará en estas páginas su preciso relato de las sesiones y de los debates, así como una valoración teológica de los documentos conciliares: la renovación litúrgica, la colegialidad episcopal, la noción de Iglesia, el ecumenismo, la relación Iglesia-mundo. Rahner no quiso hacer tarea de cronista, pero sí fue reflejando en conferencias y en trabajos breves el transcurso y los entresijos teológicos de la asamblea, así como sus resultados más perdurables. Con estos mimbres están entretejidas estas páginas. De estos contenidos surgen las dos partes que componen este libro<sup>3</sup>: las glosas marginales del teólogo jesuita sobre el Vaticano II y

1. H. VORGRIMLER, *Karl Rahner. Experiencia de Dios en su vida y en su pensamiento*, Sal Terrae, Santander 2004, 110.

2. J. RATZINGER, *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Madrid 2005<sup>4</sup>, 101.

3. El estudio sobre K. Rahner se nutre de dos publicaciones anteriores: S. MADRIGAL, «Glosas marginales de K. Rahner sobre el Concilio Vaticano II»: *Estudios Eclesiásticos* 80 (2005) 339-389. Id., *Memoria*

la evocación del Concilio de la mano del Papa Benedicto XVI. Ahora bien, la locución «tras las huellas del Concilio» incluye esta otra perspectiva: no sólo nos interesan los ecos inmediatos del acontecimiento, sino que resultan altamente significativas las interpretaciones retrospectivas de la doctrina conciliar ofrecidas con el transcurso del tiempo, es decir, las reflexiones que Rahner y Ratzinger han ido realizando a la luz de las nuevas circunstancias eclesiales que han ido jalonando el último tercio del siglo XX.

Así, también de su mano, nos adentramos en el tiempo post-conciliar, años de crisis y que, como ya hemos indicado antes, han sido testigos del distanciamiento de estos teólogos alemanes; un distanciamiento que surge precisamente del examen de las tareas de la Iglesia en la sociedad moderna y del enjuiciamiento de las formas de aplicación del Concilio a la renovación de la Iglesia. Ellos saben mejor que nadie dónde y cuándo se produjo el desencuentro personal: entre 1969 y 1974, Rahner y Ratzinger fueron miembros de la Comisión Teológica Internacional, más para la desavenencia que para la concordia, más para darse la espalda que para estrecharse la mano. Ya en 1972, bajo el impulso de Hans Urs von Balthasar, empezó a publicarse la revista *Communio*, a cuyo grupo se habían incorporado Joseph Ratzinger y Hans Maier, entre otros, como una alternativa frontal a la revista *Concilium*, cofundada y bajo la influencia de Rahner.

Una vez concluido el Concilio, el jesuita Rahner volvió a la cátedra teológica y a la actividad académica hasta casi el final de sus días (1984). La singladura teológica de Ratzinger se vio reconducida, cuando contaba cincuenta años de edad, a la cátedra episcopal de Munich (1977); digo *reconducida*, pues su lema episcopal, «colaborador de la verdad», quiere prolongar la tarea intelectual anterior, que iba a adquirir muy pronto una nueva modulación, cuando recayera sobre él, a partir de 1981, la tarea de Pre-

fecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El entonces Cardenal Ratzinger expresó abiertamente en el llamado *Informe sobre la fe* (publicado como libro en 1985) sus puntos de vista más esquinados acerca del Vaticano II y de la crisis posconciliar. Adelantando algunos de nuestros resultados, podemos decir que el Papa Benedicto XVI, ya desde mediados de los años setenta, venía urgiendo una lectura de los textos que se atuviera sobre todo a la letra del Concilio, buscando la continuidad –y no la ruptura– con la tradición eclesial anterior, previniendo frente a una indiscriminada apertura al mundo moderno. El jesuita, por su parte, dejaba correr el espíritu de los textos conciliares ante el desafío de las nuevas situaciones. Religioso y teólogo de gabinete, siempre se empeñó a favor de la fe, de la paz, de los oprimidos y de los pobres de la tierra. En esta línea compartió totalmente –según puede leerse en ese testamento espiritual que son sus *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*– la postura de la Congregación General xxxii de la Compañía de Jesús celebrada en 1974, afirmando que el trabajo a favor de la justicia constituía una parte esencial en el anuncio de la fe<sup>4</sup>.

Algo de esta confrontación personal y discrepancia teológica aflora también en las páginas de este libro. Pero no es nuestro objetivo principal hacer un retrato de una enemistad; entre otras cosas, porque nunca llegó la sangre al río; y si J. Ratzinger no dudaba en valorar muy positivamente el *Curso fundamental sobre la fe* de K. Rahner, y el conjunto de su obra teológica, tampoco del jesuita han salido palabras descalificadoras del teólogo, obispo, cardenal y prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Más bien, estos estudios apuntan en esta otra dirección: aprendamos de los debates del pasado y saquemos algunas lecciones para el futuro de la vida eclesial. No es exagerado afirmar que la trayectoria personal y teológica de K. Rahner y J. Ratzinger reproduce biográficamente, como en

4. K. RAHNER, *Schriften zur Theologie*, XV, Zürich 1983, 403.

una maqueta, el despliegue histórico y las tensiones internas de la Iglesia reciente, de modo que sus itinerarios llegan a alcanzar esa categoría de miniaturas histórico-teológicas del postconcilio. Ambos son conscientes de la crisis de la Iglesia post-conciliar, de los excesos y desviaciones, de las tareas pendientes en la aplicación del Concilio, y así lo formulan en sus análisis. Los dos conocen muy a fondo y comparten el significado y el alcance de los principios fundamentales del Concilio Vaticano II: colegialidad, ecumenismo, libertad religiosa. El tema de la Iglesia ocupa un lugar de excepción en su quehacer teológico y en su misma vivencia espiritual. También incluyen en sus diagnósticos el lamento por una Iglesia polarizada, de grupos al interior de la Iglesia que se confrontan y se descalifican sin piedad.

Rahner y Ratzinger personifican, en este sentido, dos paradigmas a la hora de afrontar y enjuiciar el devenir de la Iglesia posconciliar, que, más que estar llamados a oponerse, están llamados a entenderse y a dialogar. Sobre todo, si se acepta, como parece derivarse de los análisis de situación a la hora de evaluar el momento de la recepción del Concilio Vaticano II, que habríamos entrado en un período más tranquilo, después de los dos momentos de euforia desmedida y de desencanto desesperanzado, de exaltación y de decepción (H.J. Pottmeyer). El momento presente de recepción del Concilio está exigiendo una hermenéutica serena y realista, después de esas dos fases alternativas de polarización entre el optimismo de los soñadores y el pesimismo de los desilusionados. Estas dos etapas vendrían a coincidir, poco más o menos, con el período que va desde la clausura del Concilio hasta la celebración del Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985. Algunos estudiosos reconocen que, a mediados de los ochenta del siglo pasado, se habría abierto una nueva fase de recepción, caracterizada por un ahondamiento metodológico en esta categoría de recepción, que ha vuelto a tener un punto de referencia a la altura del año jubilar<sup>5</sup>. Y todavía de una forma

5. Cf. V. BOTELLA, *El Vaticano II ante el reto del tercer milenio*. Herme-

más plástica, concreta y reciente, podemos recordar esos dos gestos de Benedicto XVI, que si el pasado 29 de agosto recibía al sucesor de Monseñor Marcel Lefebvre, el obispo cismático Bernard Fellay, el 24 de septiembre se reunía en Castelgandolfo con el teólogo disidente Hans Küng.

En estas coordenadas se inscriben las presentes reflexiones retrospectivas. El Vaticano II estuvo envuelto, en el momento de su acontecer, por emociones múltiples y contradictorias, rodeado de expectativas y temores encontrados, de muy diversa naturaleza, incluso fantasiosas o arbitrarias; estuvo también sujeto al juego de diferentes interpretaciones de sus contemporáneos. Así ocurre con todo fenómeno histórico. Y todo sucede de una forma muy rápida. Lo que no podemos dejar escapar es la pregunta por el significado profundo de este acontecimiento histórico, pues es obvio que el Vaticano II, concluido hace ya cuarenta años, sigue siendo un factor decisivo de nuestra historia. En cualquier caso, seguimos a la búsqueda de su significado permanente, seguimos tras la pista del Concilio Vaticano II. Estas dos miniaturas histórico-teológicas, suministradas por estos dos grandes protagonistas y espectadores de excepción del reciente pasado eclesial, nos pueden mostrar el camino. Sus reflexiones en paralelo pueden ayudarnos a arrancar la verdad que guarda la última asamblea ecuménica de la Iglesia católica, poniéndonos a nosotros mismos, cristianos preocupados por una Iglesia que se adentra en el tercer milenio, «tras las huellas del Concilio».

*En Madrid, a 3 de octubre de 2005,  
en la festividad de San Francisco de Borja.*

*néutica y teología*, Salamanca 1999, 21-52. W. KASPER, «El desafío permanente del Vaticano II. Hermenéutica de las aseveraciones del Concilio», en *Teología e Iglesia*, Barcelona 1989, 401-415; donde sigue la periodización establecida por H.J. POTTMEYER, «Hacia una nueva fase de la recepción del Vaticano II», en (G. Alberigo – J.-P. Jossua) *La recepción del Vaticano II*, Madrid 1987, 49-67. H.J. POTTMEYER, «Dal Sinodo del 1985 al Grande Giubileo dell'anno 2000», en (R. Fisichella [ed.]) *Il Concilio Vaticano II. Recezione e attualità alla luce del Giubileo*, Cinisello Balsamo 2000, 11-25.

